

Cathy Hopkins

El chico perfecto

Cinnamon Girl 



*Quisiera dedicarle este libro a Steve Lovering, mi héroe,
a quien tardé muchos años en encontrar. Gracias, como siempre,
a Brenda Gardner, Anne Clark, Melissa Patey y a todo el fabuloso equipo
de Piccadilly, que hacen que sea tan placentero hacer estos libros.*

1

Amor en el aire

—¿Cómo sabes que estás enamorada? —preguntó Leela mientras caminábamos sobre las hojas del otoño rumbo a *Starbucks*, a tomar un chocolate caliente después de la escuela.

—Sientes un cosquilleo en el estómago. Cuando lo ves, te viene como un mareo y se te aflojan las piernas —respondió Brook, al tiempo que ofrecía pastillas *tic tac* de naranja.

Zahrah se levantó el cuello del abrigo para protegerse del viento frío.

—Parece una especie de enfermedad —observó— que habría que evitar a toda costa o, al menos, tomar vitaminas para no pescarla.

—Ah, cuando te pica el virus del amor... —dijo Brook; se llevó otra pastilla a la boca y entrelazó su brazo con el mío. Yo hice lo mismo con Zahrah, y ella, a su vez, con Leela. Eché un vistazo a mis nuevas amigas. Aún no podía creer la buena suerte que había tenido. Apenas había empezado la escuela en septiembre y había pasado las primeras semanas sin hacer amistad con nadie, pero luego, durante el receso a mitad del trimestre, me había incorporado a este grupo genial de chicas que eran muy divertidas. Ahora estábamos casi a fines de octubre y sentía que las conocía de toda la vida.

Mientras caminábamos, vi a algunos chicos del último año que nos observaban. Mis nuevas amigas son muy atractivas, todas morenas salvo yo: mi pelo es más bien castaño rojizo.

“Somos un grupo exótico”, había dicho Brook una tarde, mientras conversábamos sobre nuestras familias y sobre los distintos lugares donde habíamos vivido antes de ir a parar a Notting Hill, en Londres. El premio a la “más viajada” fue, sin lugar a dudas, para mí: mi familia vivió en cinco países diferentes desde que nací (en la India, el Caribe, Marruecos, Italia e Irlanda). Brook salió segunda. Sus padres son estadounidenses y ella vivió en Nueva York hasta que se mudó a Londres con su mamá a los once años. Aún conserva algo del acento. Hace poco se cortó el pelo hasta la mandíbula y este corte destaca su increíble rostro y sus ojos verdes-grisáceos, que siempre parecen muy pensativos. Leela es de ascendencia india pero nació aquí en Inglaterra, en Leicester. Su familia se mudó a Londres cuando ella tenía seis años. Es la más menuda de las cuatro, con rasgos delicados y cabello largo que brilla como la seda cuando lo usa suelto, pero la mayor parte del tiempo lo lleva recogido. Zahrah es de ascendencia mixta: etíope por parte de su mamá e inglesa por parte de su papá. Se crió en la zona este de Londres pero luego se mudaron a Queen’s Park, donde vive ahora su familia. Tiene la misma estatura que yo (casi un metro ochenta), pómulos marcados y unos enormes ojos oscuros con pestañas tan largas y curvas que casi parecen postizas. La peina su tía, con filas de trencitas pegadas a la cabeza. Algún día, cuando tenga más confianza con Zahrah, voy a preguntarle si su tía podría peinarme de la misma manera. Por ahora, tengo el pelo hasta los hombros, cortado en capas, y me parece aburrido. Me gustaría hacerme algo loco, como teñirlo de rubio platinado para variar. Estuve a punto de hacerlo un fin de semana, pero mamá me disuadió diciendo que el tono rojizo va bien con mis ojos, que son color ámbar. A mí me encantaría ser rubia y tener ojos azules, al menos por un par de semanas.

–Y a ti, India Jane, ¿qué te parece? –me preguntó Leela cuando llegamos a *Starbucks* y abrió la puerta.

Al entrar tras ella, nos recibió una oleada de aire tibio que olía a café tostado. Rápidamente ocupamos los dos sofás que estaban junto a la

ventana, desde donde se puede ver mejor a los chicos que salen de la escuela privada que está en esta misma calle. De inmediato pensé en Joe Donahue. Lo había visto por primera vez sentado allí, a poco de llegar a Londres en el verano, y había pensado que, si todos los chicos de aquí eran como él, yo acababa de llegar al paraíso. Desde entonces, habían pasado muchas cosas y Joe y yo habíamos tenido nuestra primera cita el fin de semana pasado. Bueno, una especie de cita. En realidad, fuimos a una galería de arte a ver una exposición de un artista local recomendado por mi tía y, bueno, tía Sarah y la madre de Joe también estaban ahí (trabajan juntas), pero cuando ellas se fueron a comprar algo en la tienda de la galería y quedamos a solas unos minutos, me tomó de la mano y me acarició los dedos. Me provocó un estremecimiento a lo largo de la columna vertebral y pensé que, curiosamente, se puede besar con las manos. Sentí todos los síntomas de nerviosismo y piernas flojas que Brook acababa de mencionar. De modo que, sí, decididamente, lo que yo sentía por Joe era amor.

–Te sientes feliz –dije, mientras colocaba mi mochila en el rincón del sofá–. Quieres ser mejor persona y no puedes dejar de pensar en él, y hasta el más leve contacto, como un roce de manos o brazos, te brinda calidez y sientes una especie de revoloteo por dentro.

–¿Joe? –me preguntó Zahrah.

Asentí.

Aspiró súbitamente.

–Sí, ya conozco su reputación de chico malo –le dije–. No te preocupes. Además, estoy convencida de que ya cambió.

Zahrah aspiró aire por entre los dientes, produciendo un sonido sibilante, y apretó los labios con un gesto de desaprobación. Reí. Aunque apenas llevaba un par de semanas juntándome con Zahrah, Brook y Leela, pronto me había dado cuenta de que a veces, en vez de hablar, Zahrah dejaba que su cara expresara lo que pensaba. Incluso usaba el aliento para comunicarse: lanzaba largos suspiros si no estaba contenta, o

suspiros cortos si estaba aburrida e irritada; una aspiración súbita significaba: “ten cuidado”, o bien que ella no aprobaba lo que se acababa de decir.

–Sí, sí, lo sé –le dije, sonriendo–, pero de verdad creo que con nosotros es diferente. Lo presiento. Ahora, ¿quién quiere qué?

–Chocolate caliente –pidió Leela.

–Té de hierbas para mí –dijo Brook–. De menta.

–Yo, un capuchino –pidió Zahrah–. Voy contigo.

Nos dirigimos al mostrador y nos sumamos a la fila de alumnos de nuestra escuela, con el mismo uniforme negro y blanco. Lancé un suspiro de felicidad, imitando el idioma de Zahrah.

–Alguien está de buen humor –observó.

Era verdad. La vida me trataba bien. Tenía tres nuevas amigas fabulosas. Joe Donahue era, tal vez, mi novio, y había amor en el aire.

–Lo sé –respondí, y le di un apretón afectuoso en el brazo–. Me encanta el otoño, ¿a ti no? El aire frío y el aroma de hogueras y hojas húmedas al atardecer. Abrigarse con bufandas y guantes. Llegar a casa y acomodarse junto al hogar.

Zahrah se encogió de hombros y me miró como diciendo: “¿Estás loca?”.

–Yo necesito el sol –repuso–. Estoy segura de que, en el invierno, me da esa enfermedad, TAE. –Dejó caer los hombros y puso una cara tan triste que casi lancé una carcajada. No me reí porque aún estábamos conociéndonos y no quería ofenderla si hablaba en serio–. Trastorno Afectivo Estacional. Es porque mi familia viene de la tierra del sol.

–Ah, sí. África. ¿Alguna vez estuviste allá?

–No. Todavía no. Me gustaría. Mamá va cuando puede, pero sería demasiado caro ir todos. Unos seis pasajes de avión, si viniera papá también. ¿Te imaginas? Pero siento que llevo a África en la sangre; tal vez por eso no me gusta el frío.

Tuve un impulso de decir algo tonto acerca de que sería doloroso tener todo un continente en la sangre, pero me mordí la lengua. Zahrah

me inspiraba cierto respeto y admiración. Se la veía muy segura de sí y de lo que pensaba del mundo, y yo necesitaba conocerla mejor antes de poder mostrarle mi lado tonto.

Llegamos a la parte donde se exhibían los pasteles y bocadillos, y me distraje un momento con las galletas de nuez. Sobre el mostrador de vidrio, vi una barra de chocolate con envoltorio rojo. Era chocolate con canela. *Se la compraré a Joe*, pensé, al tiempo que extendía la mano para tomarla. Zahrah levantó una ceja como si cuestionara mi compra.

–No es para mí –le expliqué–. Es para Joe.

Levantó la otra ceja, pero no supe bien qué significaba eso. *Tendré que pedirle consejos a mi prima Kate para poder comunicarme con mayor fluidez al estilo de Zahrah; ella también habla con las cejas*, pensé, mientras la cola avanzaba.

–Le hará acordar de mí, pues tiene sabor a canela. Mi amiga Erin siempre dice que es bueno regalarles a los chicos algo que les haga recordarnos.

Zahrah me miró con curiosidad.

–Papá me llama Canela...

Zahrah asintió, me dio un suave tirón de pelo y me miró a los ojos.

–Hmm. Colores de especias –observó–. Te sienta.

Asentí a mi vez.

–Para mi cumpleaños, mi mamá me prepara un perfume que contiene canela, y una vez lo tenía puesto cuando estaba sentada junto a Joe y dijo que le gustaba.

–Hmm. Qué bien.

–Sí. Mamá dice que el olfato es un sentido muy poderoso, que es importante encontrar el aroma representativo de cada uno y usarlo siempre, para que cada vez que alguien lo huela, se acuerde de ti. Mamá usó el mismo perfume toda su vida, desde que era adolescente, y cada vez que lo huelo, me hace pensar en ella.

Imaginé la escena. Sería muy romántico. Le daría el chocolate a Joe. Él sonreiría, sentiría el aroma de la canela y el cacao, hundiría la cara en mi cuello y prometería guardar ese chocolate por siempre. Sería el primero de muchos recuerdos especiales que le daría durante nuestra relación.

–Y ¿por qué no le das un poco del perfume?

–Es demasiado femenino... aunque quizá podría enviarle una tarjeta perfumada para su cumpleaños, pero eso no será hasta febrero. Es acuario. –Miré la barra de chocolate–. Pero con esto no puedo fallar, ¿no? La canela le hará recordarme, y además será sabroso.

–Vaya. Sí que te picó fuerte, ¿eh?

Levanté una ceja y sonreí. Era mi manera muda de decir: “ya lo creo”. Ella me entendió.

–Buena suerte –dijo, cuando la persona que atendía en el mostrador nos miró, lista para tomar nuestro pedido.

Más tarde, apenas llegué a casa, subí a mi cuarto para empezar a trabajar en los diseños de escenografía; tenía una hora libre hasta la hora a la que había convenido hablar con Erin en el MSN. Es mi amiga de la escuela a la que iba en Irlanda, y mi mejor amiga en todo el mundo. La extrañé muchísimo cuando nos mudamos a Londres y, en realidad, fue gracias a ella que me hice amiga de Leela, Brook y Zahrah. Erin vino a visitarme en las vacaciones y pronto se hizo amiga de ellas y consiguió que Leela nos invitara a una fiesta en su casa tipo *Bollywood*, esas películas indias que mezclan Hollywood con la India, y tienen fabulosos números musicales. De hecho, toda su visita fue buena porque me habían puesto a cargo de la escenografía para *El novio*, la obra que montaría la escuela al final del trimestre, y estaba volviéndome loca pensando qué estilo usar. Al principio, se me habían ocurrido ideas que ya se habían usado en obras anteriores y me di cuenta de que el equipo de escenografía tenía serias dudas de que yo estuviera a cargo. Pero de golpe, en la fiesta de Leela, decidí que el estilo debía ser el de

Bollywood y a todos les encantó la idea. Por eso, tenía mucho que agradecerle a Erin; era una amiga de verdad.

Me senté a mi escritorio y comencé con los primeros bosquejos. Tía Sarah me había encontrado un libro fabuloso, lleno de ejemplos de los colores y diseños que se usan en las películas indias, y pasé una hora copiando y haciendo algunos dibujos básicos para llevar a la próxima reunión de escenografía. Rosa brillante, verde lima y naranja parecían ser los colores necesarios para lograr esa onda Bollywood, con un buen agregado de brillos plateados y dorados.

Cuando terminé, ya era la hora de hablar con Erin en el MSN, de modo que me trasladé frente a la computadora. Ella ya estaba allí, esperándome.

Irlandaxsmpre: Decidme, querida, ¿cómo van las cosas en el país rojo, blanco y azul?

Canela: Excelentísimamente. Y a vos, ¿cómo os va?

Irlandaxsmpre: No estoy segura. Vi a mi señor, el valiente Scott, de regreso de la escuela y creo que no se está portando bien.

(Erin y yo hablamos nuestro idioma shakespeariano inventado.)

Canela: ¿Por qué lo dices?

Irlandaxsmpre: Ha estado actuando un poco raro últimamente, me parece. Quizá le preocupa algo, pero sospecho que tal vez está divirtiéndose demasiado con los otros señores que gustan de beber cerveza y hacerse los tontos.

Canela: Quienes beben en exceso pueden ponerse estridentes y aburridos.

Irlandaxsmpre: Habláis con la verdad. ¿Cómo está Lord Joe de la casa de Donahue?

Canela: Creo que será mi señor antes de que termine la semana. Es amor de verdad lo que late en mi pecho, oh sí, tres veces sí. Hey, Erin, ¿cómo te das cuenta de que es amor en serio?

Irlandaxsmpre: Simplemente lo sabes. Presientes que es lo correcto y aparece un angelito sobre tu cabeza y te dispara una flecha, y tu corazón empieza a cantar, *lalalalala*.

Canela: Ese Cupido sí que me ha disparado sus flechas al corazón. Y tú, ¿amas a Scott?

Irlandaxsmpre: No oséis pensar eso. Scott me gusta pero no es buen material para novio, no no no. Sólo sería complicarse, pues si una muchacha lo tomara en serio, la haría perder la cabeza, y yo quiero conservar la mía. ¿Cómo están tus nuevas amigas?

Canela: Genial. Son de primera. Me encanta estar con ellas.

Irlandaxsmpre: Cómo osáis decir eso, sois mi amiga y, aunque sé que son geniales, os echo de menos. Buáááááh.

Canela: Un momento, bella dama, oíd, pues creo que acaba de sonar la campana. Sí, así es. Alguien llama a la puerta.

Irlandaxsmpre: Pues id a ver quién es. De todos modos, mi cena me llama y mi estómago está gruñendo. *Chao*.

Canela: *Ta luego.*

Cerré la sesión y volé escaleras abajo porque no había nadie más en casa. Mamá, papá y Dylan habían ido al cine; mi prima Kate jamás atiende la puerta, y tía Sarah estaba trabajando. Abrí la puerta y el estómago me dio un vuelco.

De pie en el umbral, había una visión de belleza masculina. Alto, de hombros fuertes, boca ancha, ojos sonrientes. Joe.

—Huy... hola... —lo saludé, jadeante, tratando de recuperar el aliento, alisarme el cabello y verme interesante al mismo tiempo.

Obviamente no me dio resultado.

—¿Estuviste corriendo? —me preguntó.

—Estaba... arriba.

—¿Puedo pasar?

—Claro —respondí, y me hice a un lado para dejarlo entrar. Estaba encantada de que hubiese venido a verme. Lo hice pasar a la sala del frente. Él me dejó pasar primero y se quedó cerca del hogar. Había un ambiente incómodo, y entonces recordé la barra de chocolate que le había comprado.

—Ah, tengo algo para ti —le dije.

—¿Para mí? Gracias, y...

—Enseguida vuelvo —agregué, y corrí a mi cuarto. *Él estaba a punto de decir algo*, pensé, mientras sacaba la barra de mi mochila, y volví a bajar la escalera a toda velocidad. Al llegar a la sala, se la puse en la mano—. Para ti —le dije—. Ibas a decir algo, lo siento. Adelante.

Joe miró la barra de chocolate.

—Chocolate con canela. Qué original. Gracias. Eh... sí.

—¿Qué ibas a decir?

—¿Es para comerlo o para mirarlo?

—Para comerlo. Este... canela...

De pronto, todo mi discurso acerca de regalarle algo que le recordara a mí me pareció pretencioso.

Joe se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Ah, claro. Canela. Tú eres Canela, ¿verdad? Sí. Qué dulce.

—Sí. Dulce. Así es el chocolate.

De pronto, tuve ganas de morirme. Quería que la tierra se abriera y me tragara. No debería haberle comprado el chocolate. Era demasiado, muy pronto para comprarle un regalo. Ni siquiera estábamos saliendo. Yo no tenía que tomarlo tan en serio.

Volví a quitarle el chocolate y abrí el envoltorio.

—¿Quieres un poco?

Joe me miró, extrañado.

—¿Eso no es como llevarle bombones a alguien que está en el hospital y comértelos todos?

—No. ¿Por qué? Tú no estás en el hospital.

—Lo sé. Es que...

Joe suspiró.

—No es un regalo ni nada de eso. Lo compré camino a casa y estaba a punto de probarlo cuando llegaste y...

Sabía que estaba divagando.

—En ese caso, dame un poquito.

Corté dos trozos, le di uno y me llevé el otro a la boca. Nos quedamos allí masticando, pero yo sentía como si estuviese comiendo pegamento. Quería que Joe se marchara. *¿Por qué estoy tan incómoda?*, me pregunté. Últimamente veníamos llevándonos muy bien.

—Yo... —empecé a decir.

Joe echó a reír.

—¿Qué? —le pregunté.

Señaló mi boca. *Dios mío, me manché de chocolate como una nena*, pensé, al tiempo que me dirigía al espejo que estaba sobre el hogar para mirarme.

—El diente —dijo Joe.

No me había manchado. Tenía un trozo de chocolate pegado a uno de los dientes superiores, y daba la impresión de que me faltaba un diente. Desdentada. Como una vieja bruja.

Joe se acercó y se paró detrás de mí.

—Hmm, qué aspecto interesante.

Por un segundo, nuestros ojos se encontraron en el espejo y pensé que iba a atraerme hacia él e incluso a besarme el cuello, y sentí que me derretía por dentro, pero entonces oímos que alguien abría la puerta de calle, pasos en el vestíbulo, y entró tía Sarah.

—Hola, chicos —nos saludó.

Joe se apartó, se metió la mano en el bolsillo, sacó un sobre y se lo entregó.

–Mamá me pidió que le trajera esto –le dijo.

–Gracias, Joe –respondió tía Sarah.

Dios mío. Ni siquiera había venido a verme a mí. *Ahora mi humillación es completa*, pensé, limpiándome el diente con la lengua, y me quedé de pie allí como una idiota.